

# DE CRÍTICAS Y REFORMAS: NOTAS AL CALCE DEL VIVIR SOCIAL

JAVIER CIORDIA

Cuando la épica de la trampa cunde y florece por doquier, trepadora y audaz y laureada, entre los mil disfraces y amuletos de su aparente dignidad, quizá un análisis de la misma, por epidérmico que sea, redunde en beneficio del lector de buena fe. Este no es otro, sino el que no se ha dejado marcar por ningún carimbo ni mercadear espiritualmente por ningún quincallero del habla y de la vida, ni por ningún expedidor de recetas infalibles o mágicas contra los desarreglos de la máquina social.

No me hago ilusión alguna sobre el efecto de estas notas, más o menos ilusas, pero allá van ellas. Son otro punto más de vista, tal vez miope o daltónico, sobre ese fenómeno social al que algunos denominan **función de la conciencia vigilante**, mientras otros, sin eufemismo al quite, lo catalogan llanamente como **chismología**. Ambas nomenclaturas, sin embargo, se pueden encuadrar, me parece, bajo un denominador común: el de **crítica**. Y añádase, si se quiere, **contracrítica**. Y súmesele **criterio**. Y sígase por ahí: críticas, contracríticas, criterios...Cada cual lleva el agua a su molino. A veces, más que el agua: el limo sucio de las alcantarillas y atarjeas. ¡Y cuánto bembeteo insustancial y, acaso, obtuso! ¡Cuánto y cuánto decir gárrulo y ruin!. Y, ¡cuidado!, no vengas a suceder que el **columnista**, seducido por la eficacia del volteriano "Calumnia, que algo queda", se pase a **calumnista**.

Pero, paranomasias aparte, la verdad es que no faltan motivos para que uno se crea con derecho a criticarlo todo. Bastaría saber que Dios no hizo el mejor de los mundos, como nos lo constata la experiencia y como lo

subrayan los teólogos, para creerse acreditado y con derecho a ejercer, no sólo cátedra de crítica, sino a postular cualquier moción de cambio que parezca garantizar una **reforma**. Si a esto se añade que "Dios ha dejado el mundo -como dice en alguna de sus epístolas San Pablo - a la **discusión** de los hombres", el derecho a la crítica se acrecienta considerablemente.

La verdad es que **lo que mueve al ser humano es la esperanza de poder modificar su mundo**, lo cual no significa más que una de dos: o que no está contento con él; o que espera mejorarlo. Con lo que, al parecer, no cuenta es con la involución, con la posibilidad de empeorarlo, que es lo que sucede cuando **los pícaros** se meten a **reformadores**. No hay que olvidar, sin embargo, que los mejores capítulos de la Historia de la Humanidad son los de la **inteligencia ética**, que ha producido seres tan egregios y tan dignificantes, como un Sócrates, un Jesús de Nazaret, un Gandhi y no pocos más. Ahora bien, uno de los componentes de la inteligencia ética es la crítica. Tanto Sócrates, como Jesús de Nazaret, como Gandhi, fueron, cada uno a su modo y según las circunstancias, unos críticos extraordinarios, porque supieron inyectar con su palabra crítica una savia nueva en la genética espiritual de la especie. El caso es que el hombre, como ser imperfecto y perfectible, tiene que someterse muchas veces al aguijón del revisionismo crítico, a fin de corregirse y mejorarse.

Ahora bien, en materia de críticas, se pueden hacer distintas clasificaciones. Las hay buenas y las hay malas. Las hay también peores. En mi fuero personal,

*"El que quiere matar a su perro lo acusa de rabia."*

yo las agrupo en tres categorías: las **enfermas**, las **mafiosas** y las **saludables**. A veces, sin embargo, sus rasgos se confunden y no resulta fácil diferenciarlas. Pues bien, aun a riesgo de equivocarme, cosa que sé hacer magistralmente, sin ayuda de nadie, esbozaré, si no el perfil exacto de cada una de ellas, sí un esbozo de su caricatura.

**P**uesto ya a hacerlo, empezaré por la **crítica enferma**. Entiendo por tal la que **surge del descontento íntimo de la persona que la practica**, del sistema instintivo de sus preferencias básicas, de sus prejuicios, de sus resentimientos, de sus complejos subconscientes o, simplemente, de su posible subdesarrollo psíquico-social. Si el pensar consiste, como sostiene María Zambrano, en descifrar y clarificar esa zona básica del ser, la crítica enferma es, justamente, la que no los clarifica, la que se limita, tan sólo, a vivirlos y, quizá, a vociferarlos. Este tipo de crítica se me presenta como un hecho visceral, compulsivo, casi biológico. Se halla, desde luego, más próximo a las raíces del temperamento que a las del carácter y más en consonancia con las glándulas de secreción interna que con la realidad objetiva de las situaciones y de la razón práctica. La crítica enferma procede más del "**bios**" que del "**logos**"; es la crítica de la hipersensibilidad y de la "egorragia", propia del opositor de oficio, es decir, del que sería "buen vasallo, si hallase buen señor", para decirlo con el protagonista del Cantar de Mío Cid; un buen señor, por cierto, que nunca encuentra. Representa por ello, lo que se podría llamar, tal vez, el **despotismo de la autarquía**, que no es, en el fondo, más que otra versión de "el Estado soy yo", que dijera el rey galo. En su autopreferencia desordenada, el **crítico enfermo** suele ser un **dictadorzuelo** que trata de satisfacer, a su modo, la necesidad de reconocimiento o de pleitesía. Mas, al tiempo que se nos revela como una **personalidad autoritaria**, se intuye en su trasfondo otra distinta: la de un **desencantado** que no acaba de aceptarse a sí mismo ni de ajustarse a su situación. Porque un **exceso de**

**crítica** no responde, quierase o no, más que a un **exceso de inconformidad**, por más que éste se disfrace de otra cosa. Y un **exceso de inconformidad** se traduce en una **falta de realismo** y de adaptación. Esto no quiere decir, sin embargo, que uno tenga que acomodarse a cualquier "arreglo", -!Dios nos libre!-, sino que no se debe confundir un desajuste socio-emotivo u hormonal con la discrepancia auténtica, ni el hostigamiento revanchista con la protesta responsable. No hay que confundir, dicho metafóricamente, la velocidad con la dirección. Con alguna frecuencia también, la crítica enferma procede de una **ética socialmente insana**: la ética del utilitarismo y de la pura conveniencia individual, que no ve como bueno más que lo que le conviene o le resulta provechoso. Es posible, pues, que un crítico así vea como malo lo que no se acomoda a sus intereses.

**E**s un hecho fácil de comprobar que todos deseamos la justicia, pero no todos deseamos la justicia de los demás. Lo funesto es que muchos, quizá todos, en alguna medida, confundimos nuestra justicia con la real y verdadera. La verdad es que los injustos son -somos- los canibalistas de la paz. Se puede ser canibalista desde **arriba** y desde **abajo**: desde **el arriba de la autoridad establecida** y desde **el abajo** de la subordinación socialmente dada. Me viene a la mente un eslogan que todos recordarán: "**El pueblo mandó y yo obedezco**". El chantaje y la insolencia que esta frase implicaba en su contexto representa uno de los revulsivos más repugnantes y más canibalísticos que se hayan emitido desde el **arriba del poder isleño**. Me recuerda, tangencialmente, unos versos del Cancionero (1511) y un refrán africano. El refrán dice: "Mientras los leones no tengan sus propios historiadores, la historia seguirá glorificando al cazador". Los versos del Cancionero General me resultan más expresivos aún:

Vinieron los sarracenos  
y nos molieron a palos:  
que Dios ayuda a los malos  
cuando son más que los buenos.

**E**l poder democrático no sólo debe escuchar la voz eleccionaria de las urnas, sino la voz consecutiva del **pueblo**, que es, por así decirlo, una **urna permanente**. ¡Qué poco vale una democracia que sólo se puede ejercer en los tiempos de elecciones! Pero el pueblo no es soberano una sola vez cada cuatrienio. Lo es día tras día. La soberanía reside siempre en él, por más que la delegue. **El pueblo es en todo momento el soberano**. Y el que ostenta el poder, que es un conjunto de estrategias orientadas a la consecución del bien común, debe, no sólo escucharlo cuando habla en las elecciones, **sino que debe auscultarlo consecutivamente**. Así mismo, la crítica, que también es una estrategia de poder, debe orientarse, primordialmente, a controlar el ejercicio de éste, a fin de hacerlo más del pueblo y más para el pueblo. Entre otras razones, debe actuar así, porque es un hecho múltiplemente comprobado que entraña no se sabe qué virus o bacteria de malignidad que tarde o temprano lo corrompe. **Un poder se considera corrupto** cuando no funge como un haz de estrategias para hacer la verdad, la justicia y el bien común; es decir, **para posibilitar la cultura de la convivencia**.

De mano de la crítica enferma suele ir la **mafiosa**. La llamo así porque supone una tergiversación de la inteligencia, una especie de **mafia intelectual**. Me refiero con esta denominación, sobre todo, a la crítica de los que pretenden obstaculizar o entorpecer la dinámica o curso de las personas a quienes critican. Para mí, **la inteligencia mafiosa se caracteriza por su ordenación al servicio del triunfo a como dé lugar**. Este tipo de inteligencia se me presenta como una síntesis de experiencia práctica y de astucia, de estrategia hábil para la trampa y de prudencia. Implica, pues, una serie de factores que veo muy marcados entre los **depredadores** del reino animal, tales como la actitud de atención, la sagacidad, la vigilancia, la espera... Es decir, un vivir alertado y en acecho continuo del momento oportuno para dar el asalto o poner la

emboscada. En los depredadores, este tipo de inteligencia es natural. La llamo, sin embargo, **mafiosa**, cuando se produce, de un modo u otro, entre los humanos. Algo de ella se puede detectar en la **picaresca** española. No llega, sin embargo, a los niveles de la que se produce en los altos estratos de la política, donde las técnicas de depredación son tan finas que parecen haberse adquirido en las más prestigiosas academias. **En la vida de relación social, la crítica mafiosa es la que surge de la inteligencia como maestra del embuste**; una maestra que oculta su rostro, pero que maneja con eficacia sus recursos. Estos suelen cifrarse en pseudologías, anónimos, provocación de situaciones desprestigiadas, falseamientos de pruebas, calumnias, maledicencias y, naturalmente, chismes. Lo que importa, en este tipo de crítica, ajena al diálogo, es socavar a sabiendas, maquiavélicamente, el prestigio de la persona criticada. Porque ésta es, sobre todo, una crítica que tiene por objeto las personas, no las ideas.

**B**ajo la nomenclatura de **crítica mafiosa** cae también la de quienes pretenden prestigiarse socialmente a costa del desprestigio de los otros, a los que pueden, incluso, en apariencia, tratar de proteger. Es la crítica de los que saben cómo se hacen las cosas, pero que no aportan su ayuda para hacerlas. Se contentan, simplemente, con airear los supuestos desaciertos, irregularidades, injusticias, desórdenes, caprichos, mediocridades, abusos, amiguismos, deficiencias... de quienes ocupan o pretenden ocupar cualquier silla con un par de pulgadas más de respaldo que las del resto de sus colegas, y con crearse una imagen de redentores o de honorables canchales del bien común. Como no vale la pena vivir en un mundo en el que todos hacen trampas, parecen decir a su paso, se dedican a detectar y desenmascarar las de sus prójimos, sobre todo si ocupan, como digo, algún cargo de cierta relevancia. Se imaginan, tal vez, que basta con desacreditar al rey para acreditarse a su trono. Pero las más de estas críticas o no son aunque las almidonen y las

disfracen de legítimo celo, más que puro **onanismo mental**. Y no es que no sean convenientes e incluso necesarias las denuncias, no; lo pueden ser y, desafortunadamente, lo son, por desgracia, más de lo que sería de esperar. Lo nefasto de esta situación y lo funesto es, no raras veces, que quienes se dedican a hacerlas, no son los que más se comprometen a redimirlas, sino más bien, personas que no se miran de verdad a sí mismas; personas, acaso, que necesitan hallar una víctima sobre la que descargar, como sobre culpabilidad que les corresponde. "¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de los otros porque no se ven a sí mismos!", exclama el Lazarillo cuando ve que su hermanastro, que era negro, huye de su propio padre, también negro, pensando que era el "Coco". Y esto es lo funesto: ser un lince para las supuestas "debilidades" de los demás y ciego para las propias.

**P**or lo demás, uno puede estar en desacuerdo con algo y lo estará, para su infortunio, en más de una ocasión. Lo estará, incluso, hasta la rebeldía y hasta la misma **desobediencia civil**, si llega el caso, como lo han estado no pocos en diversas ocasiones, dándonos a entender con su ejemplo lo que significa el auténtico civismo. Si actuaron así, no fue por el prurito de oponerse, sino porque eran leales a sí mismos, esto es, al tribunal supremo de la propia conciencia rectamente formada, antes que a la misma ley, a la que consideraban injusta. **Y puede haber, ciertamente, leyes injustas. Y las hay.** Por eso, si alguien se rebela contra una ley injusta, que se puede demostrar que es injusta, ¡bendita rebelión! Pero que no se confunda un gesto de liderazgo legítimo y noble con el **vampirismo** de los sectarios y de los conspiradores. Porque así no se arreglan las cosas. **No se arreglan, tampoco, desde la infamación, ni desde el sabotaje, ni desde el soborno, ni desde el automercadeo, ni desde la adulación impúdica que se orienta al usufructo egoísta.** Desde lo alto de una

gran obra suya, La Dorotea, una especie de autobiografía novelada, aconseja su autor, Lope de Vega, en aquella famosa letrilla de la barca:

Para los altos mares  
no lleves cautelosa,  
**ni velas de mentiras,**  
**ni remos de lisonjas.**  
("¡Pobre barquilla mía!")

**S**ólo se crece de verdad desde una actitud de **agresividad constructiva y creadora**. ¿Qué es el arte y la literatura toda, sino una protesta, sino un manifiesto de inconformismo, sino una denuncia de la insuficiencia, sino un propósito de más? Todo sería permisible, si detrás de cada afán de reforma latiese el de autorreforma, si la **crítica** creciese desde la **autocrítica**, si más que en el parecer, se pusiera el énfasis en el ser. Porque lo que importa es ser, por más que el fetichismo de la imagen, tan encaramada y tan en boga, aparente hoy en día que es lo único que salva. Ya lo dijo el filósofo norteamericano: "**Lo que uno habla es más alto que lo que uno dice**". (Emerson) En última instancia, como lo intuyó José Ortega y Gasset, la **verdadera cultura** se cifra, sobre todo, en **ser mejor**. Por lo demás, tanto la historia como la experiencia nos enseñan que donde hay mucha crítica suele haber poca virtud. Y donde abunda la lisonja, abunda asimismo la hipocresía. Una vez más es A. Machado quien nos brinda, en uno de sus Cantares, la fórmula adecuada:

Es el mejor de los buenos  
quien sabe que en esta vida  
todo es cuestión de medida:  
**un poco más, algo menos"..**

Y con estos versos por parámetro, abordamos la que hemos llamado **crítica saludable**. Esta no es otra que **la que surge de la conciencia recta y vigilante al par que del compromiso**. Que tiene que haber críticas resulta obvio. El porqué, también. Y que las instituciones y sus constituciones se pueden mejorar, nadie lo

duda. Pero éstas sólo se mejoran de verdad cuando lo hacen las personas que las integran. Mas, en esto de mejorar, ¡cuidado! El celo excesivo mata. El saber popular lo refrenda: "Lo mejor es enemigo de lo bueno". A esto se podría añadir que la frontera entre el **topos** y el **ut-opos**, es decir, entre lo que está a nuestro alcance y lo que no lo está pasa, precisamente, por lo que Descartes llamó el **buen sentido**, que parece coincidir con la cordura o **sophrosine** de los griegos. Esta frontera se sitúa actualmente entre la **intransigencia** del absolutismo y el **"laissez faire"** del liberalismo irresponsable.

**T**odos saben que hay denuncias proféticas y que la oposición puede significar el freno del desenfreno, la conciencia del límite, el control pundonoroso del poder. Esa es, cabalmente, la razón de ser de la crítica saludable. Ese es su oficio. La **crítica sana es una estrategia que se orienta a hacer del poder lo que éste debe ser: un factor de verdad, de justicia, de bien común**. Si el llamado poder no es esto, debe llamarse **tiranía**. Por eso, su ejercicio exige vigilancia, control y, si llega el caso, enfrentamiento y resistencia.

Lo que cumple, por tanto, es que la **crítica se convierta en un servicio público, en un ejercicio de colaboración positiva** en el manejo de la **res publica**, y no en un chantaje. Así, pues, entiendo que la crítica saludable es la que **se ejerce desde una actitud de compromiso colaborador** en la que se asuman respetuosamente las deficiencias y las diferencias; y en la que se concibe el poder, no como una prebenda envidiable, sino como una estructura de servicio comunitario que requiere, más que rivalidad o reserva, cooperación generosa. La requiere por todo lo hasta aquí expuesto:

- porque no vivimos en el mejor de los mundos;
- porque el ser humano no es una criatura perfectamente lógica ni cabalmente justa;

- porque las cosas se pueden hacer de muchas maneras y de todas mal;
- porque se pueden no hacer;
- porque la palabra perfección, siempre utópica, puede atentar contra lo bueno;
- porque la democracia, en fin, es un sistema de gobierno muy difícil, que exige el aporte ético más lúcido, para que no se pervierta.

**La crítica saludable es**, sobre todo, juicio, análisis, búsqueda insobornable de la verdad objetiva de los casos. Y más, tal vez, que esto, estímulo, trabajo responsable, aportación de ideas, sugerencia de posibles reformas, respaldo en la lucha por lo correcto. Es decir, **ortopraxis**. Y, si es necesaria la denuncia, también la denuncia hasta que se restablezca el legítimo orden. La Literatura Medieval Española está llena de lo uno y de lo otro: de tratados sobre el gobierno justo y de sátiras inmisericordes. Pero éstas que las hagan, si es posible, los más limpios. De lo contrario, pueden resultar contraproducentes. Una sociedad democrática, en la que la condición pasional o enfermiza de sus integrantes se atrinchera bajo los estatutos de la libre expresión, se puede convertir, si no se controla de algún modo, en algo parecido a un **termitero**.

**L**a crítica saludable emana del espíritu altruista de servicio, más que del afán de suplantación o de autopreferencia; del inconformismo sano, más que de la conspiración cautelosa; del sentimiento de comunidad, más que del sectarismo de clan; de la libertad, en la medida que ésta constituye la expresión de lo que el hombre quiere hacer de sí mismo y de su mundo, más que de la iconoclasia; del interés por el bien común, más que por el privado; de la actitud de justicia, en fin, más que de los impulsos de revancha.

**Tener el sentido de la crítica saludable es tener el sentido de la independencia que no se deja sobornar por ninguna mercadería, ni por ninguna estrategia de manipulación, ni por ninguna coquetería aduladora**. El hipercrítico y

el adulator suelen ir muy parejos; suelen ser como las dos caras de Jano. "Junto al diente que muerde, escribió en su día Salvador Tió, está la lengua que lame". Y, desde otro punto de vista, el Refranero Español nos previene contra cualquier estrategia de seudojustificación con este agudísimo refrán: "El que quiere matar a su perro lo acusa de rabia".

**E**n fin, que la crítica saludable se apuntala sobre el sentido de la dignidad y de la indignidad propias. Y al par de esto, sobre la conciencia de la falibilidad y limitación humanas, sin olvidar por ello que también puede entrar en escena la malignidad. De cualquier modo, debe ser una **crítica que se piense como un acto de cooperación** y que se sienta como **un ejercicio de esperanza**. En fin, como advierte también el Refranero: "No es lo mismo predicar que dar trigo". ¡Ojo, pues, colega; mucho ojo!

*"Sábeta, Sancho  
que no es un  
hombre más que  
otro, si no hace  
más que otro."*

*Quijote, Cervantes*

